

Safo

Poema y fragmentos completos

Traducción del griego de Bárbara Belloc y Alcira Cuccia

pato-en-la-cara
2006

© 2006 de la traducción: Bárbara Belloc y Alcira Cuccia
© 2006 pato-en-la-cara

Introducción

Nacida en la ciudad de Mitilene, Safo no fue menos sabia que proba. Era muy hermosa de cuerpo y cara y todo en sus maneras, en su porte, en el tono de su voz y forma de hablar era dulce y placentero, pero el encanto que ofrecía su viva inteligencia era el mayor de todos sus dones, porque era entendida en varias artes y ciencias. Su cultura no sólo abarcaba obras ajenas sino que descubrió nuevas formas de escribir y compuso varios libros de poesía. Así describió a Safo de Lesbos, en el siglo XV, Christine de Pisan, aunque hay quienes también escribieron que era fea, de piel demasiado oscura, de estatura demasiado baja y hasta de costumbres intolerables para el gusto de su época. Cuestión de gustos, al fin. No obstante, sobre su obra poética todas las fuentes (incluidas las relecturas transhistóricas, las traducciones a varios idiomas, los estudios críticos y la glosa variopinta entorno de la poesía misma) coinciden en decir que es única: lo que hoy sería —sigue siendo— una voz nítida. El sino del clásico, que es hallazgo de todos los tiempos: poder cruzar los siglos y las geografías (y en ello las lenguas) y mantener, reavivar, la vida en el viaje. Ni más ni menos palabras mediante.

(...)

¿Cuánto sabemos de Safo? es una pregunta inevitable, y no por cuestiones frívolas, ya que así como de su persona el paso del tiempo nos ha legado más mito que información contrastable, las lagunas que el mismo tiempo sembró en el cuerpo de su obra todavía dificultan una real comprensión de qué y cuánto se trata. De los nueve o diez libros en que se organizaban sus poemas —que sería lícito llamar "cantos" o "canciones", puesto que fueron escritos en relación a una música—, sobrevivieron tan sólo unos doscientos fragmentos en papiros egipcios, por lo general bastante deteriorados, y en las obras de gramáticos de la época alejandrina, que por su parte no siempre nombran a Safo como la autora. En definitiva, lo que conocemos de su poesía no representa más que un veinteavo del total supuesto, repartido en fragmentos y un único poema completo. (...)

En cuanto a la traducción, tomamos como base las ediciones de Lobel y Page (Oxford, 1955), Bowra (Oxford, 1936) y Campbell (Loeb Classical Harvard, 1990), y definitivamente la de Eva-Maria Voigt (Amsterdam, 1971), y el trabajo de muchos años tuvo tanto de práctica de una imaginación utópica, filología a secas, investigación interminable, escuela de pasión y exploración interlinguas como de experiencia irrepetible, única. Los problemas que presenta la traducción de poesía escrita en un raro dialecto antiguo (parte de una lengua que no se habla hace milenios) y la cantidad de factores técnicos a atender (¿qué del ritmo, qué del léxico y la gramática de nuestro idioma?, por no detallar más) fueron encontrando solución y continuidad a partir de dejarse llevar por la voz de Safo, en sus vaivenes (los pasajes rápidos de primera a tercera persona, de presente a pasado, de interioridad a exterioridad; la superposición de figuras, neologismos y tonos que son su marca) y en el discurrir de su poética, tan misteriosa como diáfana, intentando mantener la sintaxis y el orden de las palabras —esa ilusión de transparencia que a pesar de volver a veces la labor árida y más larga, daría al traductor la gracia de ser casi invisible y al resultado la levedad, la intimidad y la consistencia de la voz— en lo posible. Simplemente: traducir a una poeta como Safo — que también fue música, aunque de su música tan sólo podamos postular líneas melódicas según el ritmo de la letra, como buenos lectores vanguardistas o anacrónicos— es una experiencia que no se puede traducir en palabras, paradójicamente, dado que traducir es hacer las palabras con palabras. Como escribir. O mejor que escribir.

Bárbara Belloc Buenos Aires, julio de 2007

1

En tu trono soberbio, Afrodita inmortal,
hija de Zeus, urdidora de engaños, te ruego
no quieras subyugar con pena y dolor mi alma,
reina,

sino venir aquí, aun cuando otra vez, lejana
hayas sentido mi voz y me hayas asistido,
abandonando la dorada casa de tu padre para
acudir

cruzando el éter, veloz, en tu carro de guerra
guiado por gorriones, entre alas que se
baten, desde lo alto del cielo hasta la tierra
negra,

y así, una vez llegada, feliz y sonriente
tu rostro divino, ya me hayas preguntado
por qué sufro, por qué te llamo
ahora,

y qué es lo que mi alma tan intensamente ansía:
¿A quién debo persuadir de aceptar tu amor?
¿Quién te desdeña,
Safo?

Porque si huye de ti muy pronto te perseguiré,
si no acepta regalos, los dará
y si no te ama, te amaré, aunque no
quiera.

Ven ahora a mí y alláname el camino,
cumple cuanto mi alma anhela ver
cumplido. Conviértete en
mi aliada.

15

(...) bendita
(...)
(...)
(...)
(que lo que erró sea disuelto)

(...)
(...) (la suerte de llegar a puerto)
(...)

Cipris: ojalá te encuentre muy amarga
y no se jacte Dorica diciendo cómo
él volvió y por segunda vez poseyó
(...) ese amor (que extrañaba)